



JOSE RAMÓN PRADOS



**NOTAS MOLVICEÑAS**

## ÍNDICE

### MARIANO MAROTO GARRIDO

- Informe histórico, heráldico y vexicológico sobre adopción de escudo y bandera del Ayuntamiento de Molvizar (Granada).

### JOSÉ RAMÓN PRADOS

- Apuntes molviceños
- Beatus Ille ...
- La alberca del moro
- La playa insólita
- Mi abuelo ecólogo
- Soneto Docente

“De oficio agricultor y en el tiempo libre Maestro”.  
Insaciable creativo.  
Hombre bueno y honesto que vive enseñando la verdad.  
Docente Decente en su magisterio de plenitud.  
Educador con “*autoritas*”: sabe, sabe hacer, sabe hacer aprender.  
Y sobre todo: ejemplo moral.

**INFORME HISTÓRICO, HERÁLDICO Y VEXICOLÓGICO  
SOBRE ADOPCIÓN DE ESCUDO Y BANDERA DEL  
AYUNTAMIENTO DE MOLVIZAR (GRANADA).**

**MARIANO MAROTO GARRIDO**  
Historiador  
Diciembre, 1996.

Habiendo redactado el ayuntamiento de Molvizar una propuesta sobre el escudo municipal, ésta fue aprobada como informe desfavorable por la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes<sup>1</sup> con fecha 8-6-95; el dictamen fue remitido al Ayuntamiento de Molvizar por la Dirección General de Administración Local y Justicia de la Junta de Andalucía con fecha 17-7-95, nº 1410.

La propuesta del escudo es la representada en la figura nº 6. Ésta como se desprende de dicho informe no se ajusta a la normativa heráldica, visto todo lo cual se nos ha encargado por parte del Ayuntamiento un nuevo informe.

El presente informe tiene en cuenta las recomendaciones formuladas por la Real Academia de Córdoba, así como el decreto 14/ 1995 de 31 de Enero de la Consejería de Gobernación por el que se regula el procedimiento para la aprobación y rehabilitación de Escudo Heráldicos, Banderas y otros Símbolos de las Entidades Locales de la Comunidad Autónoma Andaluza.

## INFORME HISTÓRICO.

Hallazgos cerámicos de la Edad del Bronce confirman la presencia de una población en Molvizar al menos desde esa época. Sin duda adquiere una mayor relevancia a partir de la romanización, asentándose en su término municipal varias "Villas" con una producción importante agrícola que se exportaba a través de los vías fluviales que discurrían cercanas a ellas; es ahora cuando la producción de vino empieza a tener relevancia, como se constata por la presencia de lagares en esas explotaciones, como es el caso del yacimiento arqueológico del S. I al IV d.c. denominado Loma de Ceres<sup>2</sup>. Además, tanto en el

<sup>1</sup> Ver documentación adjunta, doc. 1,2,3,4.

<sup>2</sup> MARTÍN, N. *Molvizar en tiempo de los Romanos. La Loma de Ceres*. Granada 1988.

citado yacimiento como en otro ya dentro del propio casco urbano conocido como La Partidora se encuentran hornos cerámicos de producción de ánforas para la exportación de vino.

Durante ese periodo romano se produce el encauzamiento del agua de un manantial del monte Jubrite, conocido como El Nacimiento. A lo largo de dicho cauce aparecen tegulas romanas para la conducción del agua. Con esta corriente debieron de conformarse las zonas de regadío en el valle que hoy ocupa Molvizar.

Del periodo musulmán pocos son los datos que poseemos. Establecido el reino Nazarí de Granada, Molvizar se encuentra incluido en la Cora de Elvira, siendo jurisdicción de la Taha de Salobreña. Sabemos que durante esta época adquiere importancia toda esta zona granadina por la producción de pasas y almendras que se exportan a través del puerto de Salobreña.

Molvizar debió pasar al dominio de los Reyes Católicos junto con Salobreña hacia 1489. En 1492 se crea la vicaría de Salobreña entre cuyas parroquias se encuentra Molvizar. Una importante población morisca continuó habitando las tierras molviceñas creando una cuidada agricultura de regadío hasta donde podía alcanzar el agua de El Nacimiento o las corrientes intermitentes de sus ramblas y barrancos. Las zonas allí donde no llegaba el preciado líquido eran terreno de secano con una producción escasa cerealística, viñas y olivos.

En 1500 los Reyes Católicos pretendiendo mejorar las relaciones con sus súbditos musulmanes otorgan capitulación a los moriscos de Motril y sus tierras, entre los que se incluye Molvizar.

Siendo don Iñigo López de Mendoza, conde de Tendilla, Capitán General de la Costa Granadina y debido al grave problema de la defensa de la costa ante los ataques berberiscos se potenció la construcción de un sistema de defensa basado en torres vigías.

---

MARTÍN DÍAZ, N.; PUENTEDURA BEJAR M.; RAMÓN PEREZ J.A. " El cultivo de la vid y la producción vinícola en el valle de Molvizar desde época romana hasta la actualidad". Publicaciones eventuales 8, Granada 1992.

Molvizar, junto con Lobres y el desaparecido pueblo de Pataura participan en 1513 en la construcción de las torres de Trafalcasis; si a cargo de estas poblaciones corre el aporte en la construcción, no es de extrañar que en casos de eminentes invasiones o bien de retenes de vigilancia los habitantes de Molvizar y pueblos circunvecinos participasen en la defensa del territorio costero o fuesen militares bien a la fuerza o como profesionales en alguna de ellas.

Durante el periodo de la Guerra de la Alpujarras 1575-1578 la población morisca de Molvizar participa en la defensa del Castillo de los Guajares y en el posterior repliegue hacia Itrabo y Lobres.

En 1665 se asienta la Compañía de Jesús en Molvizar con el fin de explotar sus tierras, concretamente será el colegio de San Pablo de Granada quien construye una casa en lo más alto de la población que hoy se conoce con el nombre de La Compañía. Aparte de ser residencia y contar con una pequeña capilla, alberga diferentes dependencias de uso y transformación de los productos agrícolas entre los que se encuentra un lagar de vino que continúa funcionando hasta hoy día<sup>3</sup>.

En el Catastro de El Marqués de la Ensenada de 1752, se recogen las profesiones de los vecinos. Además de las profesiones tradicionales como labradores, panaderos, herreros, etc. se señala la presencia de varios molineros que realizan su actividad en los molinos que mueven las aguas de los diferentes barrancos del término<sup>4</sup>. Uno de ellos, cuyos restos aún se mantiene en pie está representado en un croquis del pueblo y su termino municipal (figura 1); en este croquis también se aprecia en el centro un gran árbol, con toda seguridad el nogal centenario que hasta hace unos diez años se encontraba en la huerta de una de las casas de la calle denominada Nogal, cuyo nombre se recoge ya en dicho Catastro; aún quedan algunos descendientes de este nogal en terrenos próximos al pueblo.

<sup>3</sup> MAROTO GARRIDO, M. "La Compañía de Jesús en Molvizar", *Imagina* nº 10 1994, pags 9-13; "La Compañía de Molvizar, un caso único de arquitectura Jesuítica" *Hispania nostra* nº 67, 1995, pag 9.

<sup>4</sup> MARATO GARRIDO, M. "Las profesiones de los Molviceños en 1752" *Imagina* nº 9 1993.

Otra de las profesiones específicas que recoge el Catastro de Ensenada es la dedicación profesional de Molvizeños a la defensa de las torres vigías de la costa , como soldados milicianos profesionales.

En 1762 se le asignan a Molvizar nueve soldados de milicia<sup>5</sup>. Durante el periodo de 1785-1790 tiene lugar la construcción de su actual iglesia por mandato real, como consta en la inscripción de su fachada<sup>6</sup>.

Madoz, en su diccionario Geográfico<sup>7</sup>, en 1849 expresa que: *“El terreno es de mediana e ínfima calidad, más por la bondad del clima y de las aguas de riego fructifica bien y se desarrolla con prontitud la vid...siendo la mayor cosecha de vino”*. Respecto de la industria dice: *“Es la agrícola, con un molino de aceite y tres harineros que muelen en los inviernos con las avenidas de los barrancos”*.

La Guerra de la Independencia se dejó notar bastante en Molvizar. En 1810, junto con otras poblaciones, la corporación jura fidelidad al Rey José I.

La Guerra Civil de 1936 no tuvo demasiada transcendencia operativa en la localidad, si bien en la posguerra sus montes se vieron recorridos por partidas de bandoleros. Para su combate y desmantelamiento se situó un destacamento de la Guardia Civil, que duró unos cinco años, en el antiguo edificio de La Compañía.

La economía de Molvizar ha experimentado una profunda transformación, al pasar de una producción de cereales, almendros, viñedos, olivos y pequeños regadíos a otra basada en cultivos de regadíos con productos subtropicales e invernaderos, si bien la producción de vino continúa tanto para consumo particular como para su comercialización y exportación<sup>8</sup>.

A partir de los 1960 tiene lugar, como en muchas de las zonas rurales españolas , un proceso emigratorio dado los escasos

<sup>5</sup> MARTÍN DÍAZ, N. *Molvizar en tiempos de los romanos; La Loma de Ceres*, Granada 1988.

<sup>6</sup> MAROTO GARRIDO, M. " Carta de los vecinos de Molvizar al Rey Carlos III ". *Imagina* nº13 1996; pags 9-11.

<sup>7</sup> MADDOZ, Pascual. *Diccionario Geográfico, Estadístico e Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. 1849.

<sup>8</sup> MARTÍN DÍAZ, N. PUENTEDURA BEJAR, M. RAMÓN PEREZ, J.A. "El cultivo de la vid y la producción vinícola en el valle de Molvizar desde época romana hasta la actualidad". *Publicaciones Eventuales*, 8, Granada 1992.

recursos que ofrecía por entonces el trabajo en el campo. En Molvizar se canaliza esa emigración a las zonas industriales de Barcelona y Madrid, pero sobre todo a la dedicación profesional dentro de los Cuerpos de Seguridad del Estado, tanto La Guardia Civil, como la Policía Nacional, debido al apoyo de algún alto cargo molviceño como el Teniente Aguilera de la Guardia Civil. Molvizar es desde entonces uno de los pueblos con más gente dedicada a esas profesiones encontrándose en muchas familias algún miembro al servicio de dichos Cuerpos. Esto repercute económicamente en el pueblo, ya que aportan el dinero a la economía familiar e invierten en regadíos o en la construcción tras su jubilación.

Entre las festividades que se celebran en Molvizar destaca la de su patrona Santa Ana, el 26 de Julio. Dentro del conjunto de festejos tiene especial interés la representación de Moros y Cristianos conocida tanto en la comarca como en la provincia y a la que acude gran afluencia de personas. Sin duda alguna, constituye un vivo reflejo de su pasado "Moro". El texto definitivo de esta representación quedó unificado en 1981, recogido en una pequeña publicación<sup>9</sup>, que como señala su autor circulaba en textos manuscritos muy deteriorados a los que les faltaban partes; dicho texto viene a ser una adaptación historicista de este tipo de fiestas, si bien la representación goza de todo el frescor del teatro popular de calle.

En el Catastro de La Ensenada de 1752, se responde a la segunda pregunta. " Que este dicho lugar es de realengo perteneciendo a su Majestad a quien contribuyen con sus Reales derechos"<sup>10</sup>.

A partir de la anexión del lugar de Lobres a Molvizar, esta última población aparece con la categoría de Villa ,como consta en la documentación municipal (figura 3).

En 1884, el escudo que se utiliza en los sellos es el constitucional con los castillos , leones y las flores de lis, alrededor de él consta la leyenda ALCALDÍA CONSTITUCIONAL DE MOLVIZAR (figura 3); así se registra

<sup>9</sup> AGUILERA TRIGUERO, JOSÉ. "Moros y Cristianos", Molvizar. Motril 1981.

<sup>10</sup> Archivo de Chancillería de Granada. Catastro 461. Folio 69.

en la Sección de Xilografía del Archivo Histórico Nacional . Este escudo es el que ha servido de base para el que desde hace unos cinco años se viene utilizando sin haber sido aprobado por la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, como consta en la documentación adjunta <sup>11</sup>.

Hasta 1934 se sigue utilizando el sello constitucional; la leyenda que aparece alrededor es AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL DE MOLVIZAR ( figura 4).

A partir de la Guerra Civil se usa el escudo con el Águila Imperial con la leyenda AYUNTAMIENTO DE MOLVIZAR (Granada) ( figura 5)

Desde hace unos cinco años se viene utilizando el escudo de la figura 6, rechazado como dijimos por la Real Academia con los símbolos de un castillo, un león , una llave y una vid, las flores de lis y la granada.

### **SÍMBOLOS PARA LA COMPOSICIÓN DEL ESCUDO**

Del anterior informe histórico hemos extractado los siguientes símbolos para la composición del escudo.

**RACIMO DE UVAS:** Alude a la tradición de Molvizar en la producción de vino, ya desde época romana que se continúa con el lagar instalado en La Compañía y la producción vinícola actual tanto para el autoconsumo como para la exportación. Este símbolo viene a sustituir al de la vid de la propuesta anterior (figura 6).

**NOGAL:** Como elemento significativo del entorno urbano de Molvizar se constata ya desde 1752, así aparece en el croquis del catastro de Ensenada( figura 1). El nogal ha dado nombre a

---

<sup>11</sup> Documentos 1,2,3,4.

una de sus calles principales y su desaparición fue muy sentida por los vecinos.

**ALFANJE:** Es un arma típica de origen musulmán cuya raíz etimológica viene del árabe al-janyar con el significado de sable corvo. El diccionario de la Real Academia de la Lengua lo define como : especie de sable corto y corvo con filo solamente por un lado y por los dos en la punta.

Con este símbolo queremos expresar el pasado musulmán de Molvizar con población musulmana hasta la expulsión de los moriscos a finales del siglo XVI , pero con pervivencia de elementos árabes hasta ahora en su estructura y arquitectura urbanas con calles tortuosas, adarves, cobertizos y patios cerrados, así como el reflejo que del pasado musulmán se hace en la representación de “ Moros y Cristianos”.

Por otra parte también queremos significar la dedicación de los molviceños a la defensa del Estado que arranca al menos desde 1752 como soldados profesionales en las torres vigías de la costa y que tiene su continuación en el servicio que en la actualidad hacen muchos de sus naturales dentro de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado o de Institutos armados , siendo la continuación de ese servicio ya constatado en el referido año de 1752.

Este símbolo del pasado musulmán viene a sustituir al de la llave de la anterior propuesta heráldica (figura 6).

**ONDAS DE AGUAS:** El agua ha sido vital para la economía de Molvizar a lo largo de su historia como lo demuestra el encauzamiento que desde época romana se hace del manantial denominado El Nacimiento . Sus aguas sirvieron tanto a musulmanes como a moriscos para crear las zonas fértiles de la Vega Alta y Baja en donde no llegaba este agua; la producción de secano aportaba unos recursos menores. Con el agua se movían los molinos tanto de agua como de aceite.

A partir de los años sesenta la implantación de nuevos regadíos ha transformado la economía y el paisaje de Molvizar.

### **LOS ESMALTES Y COLORES DEL ESCUDO**

Con el campo de plata queremos significar el agua, elemento importante en la transformación de la economía de Molvizar.

### **LOS COLORES DE LA BANDERA**

El verde hace alusión al regadío y el amarillo al secano. La banda azul significa el agua.

### **ORGANIZACION DEL ESCUDO**

En campo de plata un nogal arrancado en su color, acompañado a diestra por un racimo de uvas ahogado en sinople y entallado en su color. A siniestra un alfanje con hoja de azur y empuñadura de sable. En punta cuatro ondas de azur y plata. Al timbre corona real cerrada.

### **BANDERA**

Un paño rectangular (2/3) cargado de una banda en azul. La partición alta en amarillo; la baja en verde.

## APUNTES MOLVICEÑOS

En mi pueblo, casi todos los días del año son azules. De cuando en cuando, se nubla y llueve; pero, solo de tarde en tarde. Los días de lluvia son días de vino y migas. La gente no va al campo y bebe y charla. Es el tiempo en que el vino nuevo, el mosto, fermenta. Es noviembre y todos invitan a los amigos a visitar la bodega, ¡para ver cómo ha salido este año! Con unas habas verdes y un pedazo de bacalao echan el día hablando de las papas o del arijo y bebiendo vasos.

Llegado el otoño, un olor a humo se esparce por los secanos. Es el tiempo en que se quema la leña de la tala de los almendros. Ya han ido llegando las primeras lluvias. La gente busca caracoles por el campo. Los días se hacen más cortos y silenciosos. El secano se cubre, poco a poco, de verde. Las mujeres cortan hinojos para el puchero. A lo lejos, de loma en loma, se oye el ruido seco del hacha del talador. Por un momento, la tierra se queda en silencio, sin actividad. En la quietud umbrosa de las bodegas el mosto fermenta. Hay un rebaño de cabras que recorre los baldíos comiendo el pasto nuevo. Se siembran las papas en los bancales. Algunas familias preparan los suelos de los olivos para recoger el agracejo. El pueblo encogido sobre la falda del monte, recibe los cálidos rayos otoñales.

Hasta las cinco, en que salen de la escuela, el aire se impregna de una melancolía vespertina. Probablemente, alguien, tal vez una joven, lee un libro en su azotea. Las calles se han quedado sin bullicio; es tiempo de escuela y de hojas otoñales. Hay un vacío de vuelos en el aire. Los nidos de la torre no tienen inquilinos. De pronto, todo se llena de voces y ruidos, los niños vuelven del colegio.

Al regresar del campo, las bestias avivan el paso por la querencia de la cuadra. Los hombres, con la camisa limpia y recién aseados, se congregan por corros en la plaza. El pastor ordeña las cabras entre comentarios femeninos. Unos chiquillos juegan a “quieto” por los callejones. La campana de la iglesia invita a la oración; dentro se respira una calma relajante. En la taberna, los de siempre charlan y beben. Los

abuelos, junto a la mesa, esperan el tazón de leche. En las cocinas, la lumbre arde para preparar la cena. Es de noche.

En primavera, al caer la tarde, el sol se refleja en las paredes enjabelgadas de las casas y dobla las esquinas de las estrechas callejuelas. Tiene un brillo distinto, perdido ya el mortecino color del invierno. En el aire las golondrinas planean sobre las azoteas. Del vuelo del tejado de la iglesia cuelgan sus nidos de barro.

En las noches serenas de primavera, cuando el pueblo duerme, desde las alcobas, se oye el correr del agua en la acequia; o el traspíe de algún borracho noctámbulo; o el resoplar tranquilo de los mulos en la cuadra. Y, en mi calle, en toda la calle, retumba el roncar, rítmico y acompasado, de un vecino que duerme a pierna suelta. Antes de que amanezca, ya se oye el trasiego de la gente de un sitio para otro. Los pájaros pían en los cables de la luz, con movimientos inquietos, presagiando la alborada. Los madrugadores se toman las copas matutinas en un bar de la plaza. Hace rato que salieron los coches para la capital.

La tarde transcurre lenta entre el piar desaforado de los gorriones. Es ese tiempo intermedio de final de primavera y principio de estío. El aire se satura de olores que emborrachan los sentidos. La cadencia de las horas va diluyendo el sopor vespertino. Súbito noto que el aire se refresca. La conversación pausada se convierte en charla amena y entretenida. El susurro se torna murmullo ágil y repentino. Se produce una eclosión de ruidos que rompen el letargo de la tarde. El agua apaga la aridez de la calle.

Hay un jazmín, bajando por mi calle, que lo impregna todo con su aroma. Desde mi cama, en la madrugada, por la ventana abierta, oigo los pasos de alguien que va a regar. Y, el jazmín, testigo mudo de su paso, lo envuelve en su hálito de verano.

Son las cinco de la mañana, suena el retumbar, cansino y solitario, de los cascos de los mulos sobre la calle. En la fresca madrugada de septiembre, los arrieros van camino de las viñas. De cuando en cuando, se oye alguna que otra voz aislada, mezclada con tos de fumador. Dentro de un rato, amanecerá y los majuelos se verán poblados de espaldas

encorvadas y de sombreros de palma. Los racimos de uvas moscatel, frescos por el rocío, pasarán de la cepa a las cajas.

El sol reverbera entre los almendros. El secano se hace árido y extenso. Las chicharras atronan el aire con sus cantos. Junto a las fincas, y parejo a la rambla, sube un polvoriento carril. Al otro lado del barranco, se levantan los restos de un derruido molino de aceite. Más arriba, a mitad de la loma, un rebaño de cabras rumia pacientemente el reseco pasto estival. El pastor, sentado a la sombra de un algarrobo, otea el paisaje. En la otra margen, un bancal de naranjos oscurece el verde a la luz del mediodía. De pronto, se ha roto la quietud cenital; un camión aparece rambla arriba, con ensordecedor estruendo. Todo el espacio se llena del estrépito de este al avanzar. Los pájaros saltan inquietos de rama en rama. Las cabras hacen una pausa en su lento masticar y fijan su mirada en dirección del ruido. El pastor, con las manos a modo de visera, escudriña el camino. En un recodo, se ha perdido el vehículo; dejando en el aire sensación de silencio. Un sol rotundo achicharra el campo. Nada se mueve, todo está quieto.

José Ramón Prados

## BEATUS ILLE...

Cae la tarde, el sol declina lentamente tras las lomas. El campo muestra el verde nuevo de su apogeo primaveral. El hombre, inclinado sobre la tierra, reconcentrado en sí mismo, prepara el terreno para el largo estío. Con esta bina minuciosa lo dejará limpio de yerba. La brisa que sube del mar agita suavemente las ramas de los almendros. La mula, atada a la sombra de un olivo, manifiesta su impaciencia arañando el suelo insistentemente.

Consumido el tiempo, el hombre apareja el animal y emprende el camino de regreso. La senda serpea por entre los secanos buscando los huertos, junto a las primeras casas del pueblo. De bancal en bancal, en medio de huertas pobladas de árboles frutales y sembradas de frescas hortalizas, sigue el sendero acompañado por el murmullo del agua en la acequia. La mula, empujada por la querencia de la cuadra, aviva el paso. En esta hora vespertina; el aire se impregna de ruidos: es el momento del regreso.

El campesino, relajado el cuerpo con la frescura del agua, se dispone a disfrutar de la quietud del hogar. Ante sí, compañeros de las largas noches invernales, cuatro libros: Don Quijote de la Mancha, las Poesías de Fray Luis de León, las Poesías de San Juan de la Cruz y El Criterio de Jaime Balmes. Fuera, ya ha oscurecido; la casa está en silencio y el hombre se aplica a la lectura. Súbito, una presencia infantil le saca de su ensimismamiento. Pregunta, mientras acaricia el cabello del niño ¿a ver si sabes de quién son estos versos?

¡Qué descansada vida  
la del que huye el mundanal ruido  
y sigue la escondida  
senda, por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido;

Mientras recita la estrofa medita sobre su situación; él sí ha escogido ese ideal de vida de la escondida senda, sólo para espíritus virtuosos, de la vida sencilla y retirada; y ha llegado a esa dorada medianía en

que no le enturbia el pecho  
de los soberbios grandes el estado,

ni del dorado techo  
se admira, fabricado  
del sabio moro en jaspes sustentado!

Hubo un tiempo en que fue alcalde del pueblo. El gobernador de la provincia concedió una audiencia al Ayuntamiento; y asistió él, como representante de los vecinos, junto a algunos potentados de la villa. Estos, impresionados por la magnificencia del palacio y la solemnidad del acto, no fueron capaces de articular palabra. Él, espoleado por su carácter impetuoso y confiado en sus conocimientos de oratoria, adquiridos a través de la lectura, expuso ante la autoridad, con un verbo claro y sencillo, aunque no exento de estilo, las necesidades más urgentes del pueblo. El gobernador quedó sorprendido y le felicitó, ante sus compañeros y convecinos, por su desenvoltura y por la claridad de lo expuesto. Cuando regresaron al pueblo, toda la gente se enteró de lo que había ocurrido en la capital. Durante algún tiempo, la anécdota corrió de boca en boca. Algunos vecinos acudieron a su casa para que les diese clase de lectura y escritura; ya que, le habían adjudicado cierto prestigio de persona culta e instruida. De modo que, se aplicó a enseñar unas pocas letras a estos alumnos repentinos. Buscaron una habitación en una casa en la parte alta del pueblo y, por la tarde, concluidas las faenas agrícolas, se reunían allí para aprender. A pesar del reconocimiento de la gente y de la fama que le habían adjudicado, no se envaneció. Al contrario, siempre tenía presentes los versos de fray Luis

No cura si la fama  
canta con voz su nombre pregonera,  
ni cura si encarama  
la lengua lisonjera  
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento,  
si soy del vano dedo señalado;  
si, en busca de este viento,  
ando desalentado,  
con ansias vivas, con mortal cuidado?

Antes de que amanezca, ya se percibe el trasiego de la gente de un sitio para otro. Los pájaros pían en los alambres de la luz, con movimientos inquietos, presagiando la alborada. El hombre se levanta temprano. La campana de la iglesia invita a la oración. Dentro del templo se respira una calma relajante. Esta paz que inunda el recinto le lleva al recogimiento

interior para buscar su verdad que le conducirá a Dios. Leyendo al agustino, ha visto que éste presenta al alma como prisionera del cuerpo y anhelante del retorno a la divinidad. Para culminar este retorno, el hombre ha de seguir una senda de purificación, una forma de vida ascética, en la que ha de desprenderse de los bienes del mundo.

Tras la misa matutina, regresa al hogar. En la mesa le espera el desayuno frugal de todos los días: un poco de leche de cabra con pan migado. Mientras consume la liviana colación, reflexiona sobre sus pensamientos de esta mañana y lo acertado de las liras luisianas

¡Oh monte, oh fuente, oh río!  
 ¡Oh secreto seguro, deleitoso!,  
 roto casi el navío,  
 a vuestro almo reposo  
 huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,  
 un día puro, alegre, libre quiero;  
 no quiero ver el ceño  
 vanamente severo  
 de a quien la sangre ensalza, o el dinero.

Para el agustino, esta forma de vida consiste en un proceso de interiorización en el que el hombre, viviendo de acuerdo con la naturaleza, se apoya en la virtud, –la fortaleza, la templanza, la sabiduría-, y en el estudio para alcanzar, con ánimo constante, la liberación de la cárcel que es el cuerpo y, en definitiva, el mundo.

El modelo del *vir iustus*, el varón sabio, propuesto por fray Luis practica una vida ascética, ocupado en el estudio y en la observación de las leyes naturales, como paso previo de su retorno a los orígenes, de su ascensión hacia Dios. Para alcanzar esta opción ha de conocerse a sí mismo; ensimismado en la soledad...

Vivir quiero conmigo;  
 gozar quiero del bien que debo al cielo,  
 a solas, sin testigo,  
 libre de amor, de celo,  
 de odio, de esperanzas, de recelo.

Subiendo el camino que pasa al lado del lagar, al pie del monte, se penetra en una zona de bancales y huertos. La acequia, pareja al sendero, pone una nota de verdor y un murmullo de agua. Poco a poco, se sube entre

las chumberas, los granados y los naranjos. La vegetación se hace más abigarrada y la sensación de frescura más grata. A un lado, en el barranco, el agua se despeña con estrépito, para discurrir después, suavemente, entre los álamos y los juncos. De pronto, el terreno se hace accidentado, se quiebra y comienza el dominio de los grandes árboles y de los pinos. Aquí, en la ladera del monte, hay una alberca, construida con ladrillos rojizos, medio cubierta por la maleza. El agua del arroyo la alimenta durante la primavera y el verano. Con ella riega el campesino su huerto. En esta grata tierra tiene plantados variedad de árboles frutales: perales, manzanos, nísperos, naranjos, ciruelos, melocotoneros que, con la primavera, ya apuntan los primeros brotes y las olorosas flores.

El labrador, montado en su mula, sigue el camino de herradura que le lleva a la finca. Mecido por el suave balanceo del animal, rememora aquella, La Flecha, que poseían los agustinos a la orilla del Tormes y, en un susurro, va recordando los descriptivos versos luisianos

Del monte en la ladera,  
por mi mano plantado, tengo un huerto,  
que con la primavera,  
de bella flor cubierto,  
ya muestra en esperanza el fruto cierto;

y, como codiciosa  
por ver y acrecentar su hermosura,  
desde la cumbre airosa  
una fontana pura  
hasta llegar corriendo se apresura;

y, luego sosegada,  
el paso entre los árboles torciendo,  
el suelo de pasada,  
de verdura vistiendo  
y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea  
y ofrece mil olores al sentido;  
los árboles menea  
con un manso ruido,  
que del oro y del cetro pone olvido.

Este remanso de paz y de armonía llena toda la vida del agricultor. Aquí encuentra la serenidad buscada. El paso de las estaciones lo ocupa en

las tareas propias del campo. Cuando llega el otoño, se esparce el olor a humo por los bancales. Es el tiempo en que se talan los árboles. Ya deben llegar las primeras lluvias. Los días se harán más cortos y silenciosos. El campo se irá cubriendo, poco a poco, de verde. Por un momento, la tierra se queda en silencio, sin actividad. En la quietud umbrosa de las bodegas fermenta el mosto.

Con los primeros fríos, que anuncian el invierno, el campesino prepara el suelo de los olivos para recoger el agracejo. Cuando pasen unos días, tendrá que arar la tierra; y continuará con el ciclo de la naturaleza. En primavera, el sol tiene un brillo distinto, perdido ya el mortecino color del invierno. Las aves ocupan el aire con sus trinos. La atmósfera se satura de nuevos olores. Se produce una eclosión de vida que rompe el letargo invernal. Todo está a punto para que entre el verano. Los dulces frutos de los árboles se doran al sol. Un sol rotundo achicharra el campo; nada se mueve; todo está quieto. En la fresca madrugada de septiembre, el labrador va camino de la viña. Dentro de un rato amanecerá y el majuelo le brindará los racimos de moscatel, frescos por el rocío.

Este es el tesoro del hombre: el huerto, la viña y los frutos con que le obsequian. Aquí, ajeno al mundanal ruido, encuentra su seguro equilibrio. Seguridad que le hace exclamar:

Ténganse su tesoro  
los que de un falso leño se confían;  
no es mío ver el lloro  
de los que desconfían,  
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena  
cruje, y en ciega noche el claro día  
se torna; al cielo suena  
confusa vocería,  
y la mar enriquecen a porfía.

Su riqueza está en la humildad de su mesa. Una mesa rústica, sencilla, pero variada y abundante. No faltan las almendras y las pasas todo el año. El vino acompaña las comidas. Disfruta de naranjas en invierno; de rojas ciruelas y jugosos albaricoques ya en primavera. Durante el estío, recoge peras, higos, manzanas y las dulces uvas del secano. Todas las estaciones le ofrecen frutos frescos y naturales. Se siente tranquilamente abastecido...

A mí una pobrecilla  
mesa, de amable paz bien abastada,  
me baste; y la vajilla,  
de fino oro labrada,  
sea de quien la mar no teme airada.

Es mediodía, el campesino descansa a la sombra espesa de una higuera. Las chicharras atronan el aire con su monótono canto. El sol caldea todo el ámbito. La naturaleza respira en silencio. La armonía de la música terrestre inflama de paz su alma. ¡Ojalá se haga eterno este equilibrio!

Y mientras miserable  
mente se están los otros abrasando  
con sed insaciable  
del peligroso mando,  
tendido yo a la sombra esté cantando;  
  
a la sombra tendido;  
de hiedra y lauro eterno coronado,  
puesto el atento oído  
al son dulce, acordado,  
del plectro sabiamente meneado.

José Ramón Prados

Subiendo el camino que pasa al lado del lagar, junto al convento, se penetra en una zona de bancales y huertos. La acequia, pareja al sendero, pone una nota de verdor y un murmullo de agua. Poco a poco, se sube entre las chumberas/las pencas, los granados y las higueras; la vegetación se hace más abigarrada y la sensación de frescura, más grata. A un lado, en el barranco, el agua se despeña con estrépito; para discurrir después, suavemente, entre los álamos y los juncos. De pronto, el terreno se hace accidentado, se quiebra y comienza el dominio de los grandes árboles y de los pinos. Aquí, al pie del monte, junto al barranco, hay una alberca construida con ladrillos rojizos, medio cubierta por la maleza. Desde este punto, parte la acequia que riega la vega. Allá en los tiempos antiguos, el morisco Francisco el Gomeri se ocupó de construirla para aprovechar el agua del barranco y regar sus huertas.

Diego Prados, un estudiante del pueblo, husmeando un día en los archivos del Ayuntamiento, encontró el siguiente manuscrito:

Yo, Francisco el Gomeri, quisiera contar, para el que llegue, los hechos de aquellos días. Estaba regando el agua de mi alberca, en el pago de Almahala, cuando vi bajar por el camino de Granada a mi vecino Floristán de Berrio. Se acercó a mí y, con semblante arrebatado, me dio noticias de la capital: la sublevación era segura en breve. Toda la comarca debería levantarse y apoyar a los del Albayzín. Acordamos reunirnos aquella misma noche en mi casa. He de reconocer que no soy un hombre violento; pero, los abusos estaban llegando a límites insostenibles. La vida cotidiana cada día se hacía más y más humillante. Nos prohibieron hablar nuestra lengua, practicar nuestros ritos; incluso, vestir las ropas de siempre.

Aquella tarde, mientras esperaba la visita de mis vecinos, sentado a la puerta de mi casa, bajo el moral, y sintiendo la suave brisa marina que subía desde la costa, barrunté que pronto podría perder todo aquello que había sido mi existencia. Perdería el pueblo con sus casas blancas recostadas sobre la falda de los montes de Jurite. Dejaría los pequeños huertos que se asoman al barranco; el continuo susurro del agua en la acequia; la quietud de estas tardes mediterráneas; los dulces frutos del

secano; el embriagante vino de las viñas; las conversaciones en la calle en las noches de verano; mis amigos, mi casa...

Así meditaba cuando llegaron los que esperaba. Allí, estaba Floristán de Berrio, mi vecino, hombre fuerte y decidido. Él se encargaba del comercio de nuestra seda con la capital. Todos los meses, montado en su mula, atravesaba los montes para llegar a la Alcaicería. A la vuelta, nos informaba de lo que ocurría por allí.

También, había venido Martín Alfaquí, buen conocedor de la forja y la fragua. Por su casa pasaban todos los hierros del pueblo para cualquier compostura. Él herraba las caballerías, arreglaba las herramientas, afilaba los cuchillos y nos hacía toda clase de utensilios.

Detrás, apenas si se dejaba ver, aparecía Juan Ayud, el panadero del pueblo. Poseía una tahona en la cuesta que lleva a las primeras casas. De allí, salían los mejores roscos de la comarca, los pestiños más tiernos y dulces, las exquisitas galletas y un pan tierno y gustoso como pocos.

Entre todos, destacaba la arrogancia de Alonso Albar, con su oscura barba y su bronca voz. Albar era el hombre de campo por vocación; poseía tierras heredadas de sus padres y otras que había adquirido él. Disfrutaba, aferrado a la tierra de sol a sol, labrándola, regándola, limpiándola y haciendo madurar el fruto. Incluso en el invierno, dormía con la ventana abierta; “para oírla respirar...”, decía él. Ninguno de nosotros conseguía cosechas semejantes a las suyas. La frondosidad, el vicio de sus árboles, la exuberancia de sus fincas llamaban la atención de cualquiera.

Y, por último, Luis Lot Luf, el dueño del telar. Era pequeño y vivaracho; con gran movilidad y maña. Sus manos eran un prodigio para todo; un ejemplo de virtuosidad en lo artesano. Manejaba los hilos con absoluto dominio. Mezclaba los colores con el sentido de un artista. Trabajando el esparto era único; la pleita no tenía secretos para él.

La noche era tranquila; nos sentamos en el patio y conversamos. Floristán nos dio los últimos detalles. Como consecuencia de lo del Albayzín, habían dispuesto que los moriscos no saldríamos de casa sin lucir en el sombrero una media luna de paño azul. Ante medidas tan humillantes, todos compartíamos la misma indignación. Concluimos la velada y nos

retiramos todos con el firme propósito de luchar en cuanto se presentase la ocasión.

Habían pasado dos años desde aquel día; nosotros habíamos continuado con nuestra vida dentro de cierta normalidad. Pero, los acontecimientos se habían precipitado hacia la destrucción. Corría el año de 1568, don Fernando de Córdoba y de Valor se hizo coronar rey bajo el nombre de Abén Humeya. Nos unimos a su ejército y fuimos derrotados en la batalla de El Padul. Tuvimos que replegarnos por el camino de la costa. La fuerza cristiana era poderosa e imparable. En el Puente de Tablate, aprovechando lo quebrado del terreno, conseguimos detener su avance hostigándoles desde el otro lado del puente. Por fin, a costa de una gran pérdida de hombres, consiguieron pasar. Entonces, nuestras tropas se dividieron en dos grupos. Uno se dirigió hacia la Alpujarra costera; el otro, en el que estábamos nosotros, se encaminó hacia el pueblo de Alfaluit, bajo la Sierra del Chaparral. Allí, nos atrincheramos en una cueva al pie del monte y esperamos. Corría el rumor de que mandaba el ejército enemigo el nombrado don Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, enviado por el rey con el propósito de acabar, rápidamente, con la rebelión. Algún caballero cristiano, en un alarde de valor, a pesar de estar nosotros en una situación de claro dominio, pues nos defendíamos desde la cima de una peña, se lanzaron locamente hacia la muerte, en un vano empeño por conquistar nuestra posición. También colaboraban en la defensa las mujeres y los niños del pueblo, que se habían refugiado junto a nosotros. El asedio duró varios días. En ocasiones, tuvimos la osadía de salir camuflados, durante la noche, y penetrábamos en el campamento enemigo sembrando el desconcierto, la confusión y la muerte. Al cabo de cierto tiempo, los alimentos empezaron a escasear y era un riesgo constante conseguir agua para beber; pues, teníamos que bajar al río cercano y los cristianos estaban al acecho.

Poco a poco, el hambre, la sed y los ataques contrarios fueron diezmando nuestras fuerzas. Con un esfuerzo desesperado, resistimos varios días más; aunque, nos faltase la comida. Nos defendíamos sin orden ni concierto. Usábamos como arma cualquier cosa que tuviésemos a nuestro alcance: objetos, piedras, fuego... Una de aquellas noches, mientras descansábamos de los ataques diurnos, algunos propusieron huir. Otros, no obstante, eran partidarios de resistir hasta el final. A la mañana

siguiente, el cristiano lanzó sus fuerzas con un empuje extraordinario; obligándonos a abandonar nuestra posición y a emprender la huida; a través del monte y sin dirección alguna.

Nosotros, mis amigos y yo, sí teníamos donde ir; al otro lado de la sierra estaba el pueblo, nuestras casas, nuestras familias y nuestras tierras. Con ansiedad, trepamos por las faldas del monte Jurite hasta la cima; donde están los castaños centenarios y el agua de la Fuente de la Teja. Desde allí, el paisaje se extendía hasta el mar, con la fértil y rica vega de la desembocadura del río Guadalfeo; con el blanco de las casas y el verdor de la vegetación fundiéndose con la impaciencia de aquel momento. Bajamos corriendo y saltando por entre los majuelos y los olivos. Teníamos el pueblo al alcance de la mano. Plenos de regocijo, entramos por el barranco del lugar. Todo permanecía como lo habíamos dejado; allí, no había llegado la guerra; nos parecía un lugar apartado del resto del mundo. La gente/sus habitantes seguía afanándose en las tareas del campo. La vida continuaba su curso sin ninguna alteración. Nos unimos al vivir cotidiano integrándonos en el trabajo de cada día. Volví a las tardes apacibles sentado bajo el moral al que la acequia le había descubierto las raíces. Disfruté como nunca de la serenidad de la noche, ensimismado en la lectura de mis libros. Saboreé, como por primera vez, los deliciosos frutos de mi huerto. Encontré mi existencia acorde con mi entorno. Descubrí el placer de la charla sosegada, acompañada con vino del lugar/la tierra. Miré en lo más profundo de mi ser y encontré la verdad; encontré mi verdad. Allí, estaba mi sitio; aquella era mi vida y allí me quedaría ocurriese lo que ocurriese.

Pero, la paz de aquellos días fue turbada repentinamente con la llegada de algunos moros de la guerra que venían a recogerse en el pueblo. No nos quedó otro remedio que aceptar la situación y ofrecerles trabajo. Como consecuencia, don Diego Ramírez de Haro, alcaide de la fortaleza de Salobreña, vino al pueblo, lugar de su jurisdicción, y hallándolos cortando caña dulce a jornal en un haza los prendió a todos; y pasando a la población la saqueó y se llevó cautivas las mujeres; sin hallar quien le opusiese resistencia ni a la ida, ni a la vuelta. Esta presa partieron entre don Sancho de Leiva y él; porque, iba gente de mar y de tierra. Los moros se llevó don Sancho para las galeras y las mporas fueron vendidas comop0 esclavas.

Este suceso nos llenó de pesar a los pocos que aún permanecíamos en el pueblo. Esperábamos lo peor y llegó pronto. El rey ordenó, mediante un bando, la expulsión de los moriscos.

Así, acababa el manuscrito de Francisco el Gomeri, el cual había despertado el interés y la curiosidad del estudiante Diego Prados.

Aquel verano, como los anteriores, fue bastante lento. Los días pasaron con la monotonía pueblerina de siempre. Llegaban las vacaciones y la gente volvía/regresaba al pueblo. Se animaban las calles, se concurría más la plaza; se visitaban con asiduidad los bares. Los de siempre esperábamos, casi con impaciencia, cualquier novedad. Ansiosos, en secreto particular, porque sucediera algo fuera de lo habitual.

Había pensado dedicar el tiempo libre a leer y a escribir. Pero, consumió las horas sentado en los escalones de la plaza, a la puerta del Casino, en las mesas del bar del Moro y acodado sobre el mostrador de la taberna del Compadre. Las noches se hicieron más y más cálidas. Con frecuencia, le sorprendió la madrugada sentado en un escalón, fumándose un cigarro y a solas con su pensamiento. La necesidad de ocupar el tiempo se hacía cada vez más acuciante. Las tardes se hacían monótonas y aburridas. Pero, por fin, una mañana, en el archivo del Ayuntamiento, encontró el Libro de apeo y repartimiento de suertes del lugar; realizado en el año 1573 por Diego de Salcedo. Descubrió que la población constaba de setenta vecinos moriscos y ningún cristiano viejo; y que, tras el bando de expulsión, las casas, las haciendas, los campos, todo quedó desierto y abandonado/e inculto. Más tarde, fue repoblado por veintiocho vecinos, con beneficiado y sacristán. Estos primeros repobladores tenían que pagar un real por año a perpetuidad. En cuanto a los frutos, deberían entregar una parte de la cosecha; excepto los morales y los olivos que se regían por un sistema especial de pago. Al parecer, solamente contribuirían durante los diez primeros años. También, se les obligó a pagar de censo perpetuo, en cada año, la cantidad de veinticinco reales; por las veinticinco moradas a que se reducían todas las casas del lugar.

Y supo que cabía a cada suerte de las que se hicieron en el dicho lugar lo siguiente:

-De tierras de riego, a diez marjales.

- De hojas de moral, a una onza.
- De tierras de secano, a cuarenta fanegas.
- De viñas, a veinticinco marjales.
- De olivos, a ocho pies.

Pero, el estudiante Diego Prados no quedaba satisfecho con sus averiguaciones. Lo que le llamaba la atención, le atraía y le hacía buscar más y más datos era la figura, la personalidad de Francisco el Gomeri. Indagó, preguntó a los más viejos del pueblo; intentando encontrar algún detalle que le diera información acerca de los tiempos pasados/antiguos. Le contaron que , hacía años, después de la guerra civil/en la posguerra, llegaron unos moros africanos preguntando por “el pino tres pies”. Según decía la tradición/leyenda, los moriscos, en el día de su partida, escondieron sus tesoros bajo este pino. Nunca nadie había encontrado este sitio. Los moros africanos acudieron a varios puntos, lanzaron líneas a un lado y a otro; recorrieron los secanos investigándolo/curioseándolo todo. Y, por fin, un día, arrancaron una palma que crecía en lo alto de una loma, junto al camino, dejaron unos tiestos rotos y desaparecieron sin más.

No conforme aún con los datos encontrados, pasó el verano buscando, preguntando, mirando... Por fin, una tarde dirigió sus pasos hasta la Vega Alta. Sobrepassó los huertos y se dirigió al barranco. Al pie del monte, encontró lo que buscaba, la alberca del moro; la que había construido Francisco el Gomeri. Escarbó entre la maleza y las zarzas. Derribó/derruyó los últimos ladrillos que quedaban en pie. Miró/rebuscó/escudriñó/descubrió en el caño de la alberca y encontró, guardado por el tiempo en un agujero al abrigo de la intemperie, un pequeño cofre que contenía una llave, vieja y gastada, probablemente de una casa y un rollo de papel. Se trataba de una nota manuscrita del morisco Francisco el Gomeri en la que manifestaba cómo, ante los hechos acaecidos y ante el decreto de expulsión, había decidido/procedido convertirse y cambiar su nombre por el de Diego Prados; para quedarse, de una vez por todas, en su casa, en su tierra y en su pueblo.

**José Ramón Prados**

## LA PLAYA INSÓLITA

Aquel verano se estaba convirtiendo en algo atípico y extraño. Las variaciones climáticas eran bruscas e inusuales. Se pasaba de mucho calor, a temperaturas bajas, incluso frías. Los expertos, en las noticias y los telediarios, volvieron a hablar, diariamente, del cambio climático y del extraño comportamiento atmosférico.

Alejandro Alvarado se había licenciado en Historia. Gracias a sus contactos con la gente del departamento, podría trabajar durante las vacaciones. Ya sabía él que el verano en el pueblo se hacía largo, tedioso e interminable; prácticamente, se prolongaba hasta octubre. Así que, participaría en la excavación de un asentamiento romano del siglo I a. de C., que se localizaba en un pago cercano a la población. Se trataba de una villa romana, enclavada en un secano próximo a un barranco, con tierras apropiadas para el cultivo de la vid y a poca distancia del Mediterráneo.

Los trabajos pusieron al descubierto unas piletas que servían para pisar la uva y almacenar el mosto. También aparecieron restos de ánforas, probablemente fabricadas en un alfar cercano y que se utilizarían para exportar el vino a lugares más o menos lejanos. Sin embargo, los investigadores se preguntaban por la manera y el camino para transportar el solicitado caldo; ya que, no aparecían restos arqueológicos que atestiguaran la existencia de una vía de comunicación hacia el cercano mar. La única posibilidad era el barranco próximo que permanecía seco durante todo el estío. No obstante, los arqueólogos de la Universidad sostenían que el barranco había sido, en época romana, navegable hasta el puerto vecino.

La tarde transcurre lenta entre el piar inquieto de los gorriones. Es ese tiempo intermedio de final de verano que se impregna de melancolía. Con el sopor vespertino, Alejandro Alvarado, tumbado sobre la cama, mientras se adormece lentamente en la penumbra de su habitación, piensa en las conclusiones de los investigadores y la historia del pueblo. De repente, percibe unos golpes secos y dubitativos sobre las macetas del patio. Presta atención y, en un par de minutos, oye la lluvia que golpea persistentemente sobre las hojas, verdes y anchas, de las aspidistras. Se asoma a la ventana y ve que el agua baja ocupando todo el ancho de la calle. La lluvia arrecia, se hace abundante, uniforme, insistente...

Llovió toda la tarde, y la noche siguiente y un sinfín de días. El nivel de las aguas subió más allá de sus límites. Muchos animales domésticos se

ahogaron en los corrales, anegados estos por la abundante pluviosidad. La cal de las paredes de las casas se adornó con una pátina verdosa que dio al pueblo un tono oceánico. Los vecinos se despertaban por la mañana oyendo el chiar, desaforado e insistente, de las gaviotas, que planeaban sobre el lugar en busca de comida. Los mismos habitantes de la villa adquirieron, forzados por las circunstancias, extrañas costumbres; como consecuencia de la proliferación de ranas, comenzaron a cocinarlas y provocaron una auténtica revolución culinaria. Los campos, inundados por el agua, tomaron una apariencia lacustre. Los bancales se convirtieron en inmensas albercas que se vaciaban unas en otras, interminablemente, hasta llegar al barranco. La humedad hinchó la madera de ventanas y puertas, que quedaron impracticables. La gente volvió a levantar rincones y chimeneas en las viviendas, para encender fuego y paliar el efecto de la humectación. Prácticamente, cesó toda actividad; no había que trabajar en el campo y sólo los hornos, los comercios de ultramarinos y las tabernas permanecían abiertos las veinticuatro horas del día. Pasados tantos meses de lluvia, los lugareños mostraban un tono blanquecino en el rostro, que había perdido su característico color moreno. Se acostaban y se levantaban con el ruido, ya habitual, del agua que caía y corría libre por calles y campos.

Una noche, por la madrugada, un silencio súbito, pleno y profundo despertó a todos los vecinos. Se asomaron a las ventanas, salieron a la calle y vieron que no llovía. El cielo, rotundamente limpio y estrellado, les acogía protector. Casi religiosamente, cada individuo cogió una silla, salió a la calle y se sentó a la puerta de su casa a esperar el amanecer. Todo el pueblo, recogido y atónito, aguardaba esa hora en que nada se ve, pero todo se presiente. Súbitamente, el crepúsculo matutino dio nueva luz a un paisaje extraño y desconocido. La villa amaneció varada sobre una playa insólita. Aquel día, los chiquillos del pueblo aparecieron navegando, barranco abajo, sobre una balsa improvisada con cuatro palos; y confirmaron la hipótesis de los arqueólogos de la Universidad que sostenían que el barranco fue navegable en los primeros siglos de nuestra era.

Repentinamente, Alejandro Alvarado se despierta de su siesta. La lluvia cae sobre las aspidistras del patio y, tras su sonido, se oye el comentario lejano de un locutor que habla de algo referente al cambio climático y a las abundantes lluvias que trae el frente atlántico.

José Ramón Prados

## MI ABUELO ECÓLOGO

Era bajito, rubio, de piel clara, ojos azules y sonrisa fácil; además, un buen contertulio. Todas las mañanas, temprano, asistía/participaba a la tertulia en la casa de Consuelo; junto con Antonio Pérez el Marqués, le llamaban así por su aspecto atildado, elegante y fino; ya que, siempre vestía (de) traje y, además, no trabajaba. Otros contertulios eran Paco el de Lola, Paco el de Elvira y Narváez, que tenía una tienda en la calle Álamo, frente a la casa del abuelo Rogelio; en ella se podía comprar desde una trampa para cazar gorriones/pillar pájaros; hasta una chaqueta para los domingos. El tendero leía y estaba suscrito a un periódico El Siglo Futuro, que le enviaban a la casa del cura. A pesar del carácter áspero de la dueña, Consuelo, se sentaban/metían en la casa hasta mediodía. Laurita, la hija de Consuelo, se habituó a despertarse con la habitual/cotidiana charla matutina. Precisamente, a esta jovencita, el abuelo Rogelio le prestó El Criterio, de Jaime Balmes, para que lo leyese; ya que, el abuelo era bastante “beato”. Y, es curioso, porque de niño estuvo en el seminario; pero, se escapó y se vino andando desde la ciudad. Narváez, su compañero de tertulia y vecino, también era bastante devoto. Como prueba de esta devoción, compró una imagen del Corazón de Jesús y la donó a la iglesia. Y, lo que pasa en los pueblos, la imagen tomó el nombre del donante; todo el mundo la llamaba “El Corazón de Narváez”.

El abuelo Rogelio hizo la mili en Filipinas. Le tocó por su quinta, junto con Eugenio, el secretario del Ayuntamiento. Partieron una mañana, para volver tres años después. Participaron en la guerra de Cuba. Recorrieron todas las islas: Mindanao, Luzón... Al parecer, a su compañero Eugenio lo ascendieron a sargento. Lo cierto es que cogió unas fiebre, tal vez malaria, o quizá disentería; y lo repatriaron, con el grado de sargento, al puerto de Barcelona. Su hija dice que contrajo la enfermedad de comer tantas piñas.

A la vuelta de la mili, como siempre, el abuelo Rogelio se dedicó a los trabajos del campo. Pero, al anochecer, cuando volvía después de un día de trabajo, impartía clases en su casa. Las lecciones consistían en algo de lectura, ortología, ortografía y aritmética. Gracias a sus conocimientos/enseñanzas, más de uno del pueblo aprendió a leer y a escribir. Cobraba un duro al mes. Utilizaba como material escolar unas

plumillas que compraba cada alumno en la tienda de Narváez; unos pliegos de papel amarillento que también le suministraba el tendero; y, como libro de texto para la lectura y los comentarios ortológicos, ediciones ya pasadas de *El Siglo Futuro*, que su vecino le prestaba y que tenía que devolver una vez leídas; ya que, necesitaba el papel para envolver los géneros de la tienda.

Como tenía ese don para la lectura; y sabía hacerlo tan claro y con tanto entusiasmo que era un encanto oírlo; en las suaves tardes de verano, se sentaba en el escalón de su casa, con los vecinos alrededor, y les leía y comentaba, en el periódico de Narváez, las noticias de Madrid. Cuando llegaba el invierno, hacía lo mismo junto al fuego, alrededor del rincón. Como decía, esta facilidad de expresión, esa capacidad para la oratoria, le llevaron a representar los moros. Fue uno de los primeros en “echar” un papel de moros. El acontecimiento se produjo, probablemente, en la última década del siglo XIX. El lugar elegido para la representación fue el bancal del Salavera. A falta de caballos/corceles para montar, utilizaron como cabalgaduras unos humildes burros y algún mulo. De indumentaria, unos pantalones de pana de su padre, atados con un hilo a los tobillos para que pareciesen bombachos; una capa antigua del abuelo sobre los hombros; calzados con unas albarcas de cáñamo y tocados con una gorra o un sombrero con una pluma de gallo. Este era el atuendo que presentaban las huestes de los dos ejércitos. Aunque, se apreciaban ciertas diferencias de estilo y vestuario, según fuese el grado y la cuna de los actores. Los más humildes pertenecían a la tropa; representaban/hacían papeles secundarios, como el Vigía, el Centinela o el Selim. Este último personaje siempre se ha interpretado como el gracioso de la obra, que provoca la risa de los espectadores; no obstante, en esencia se trata de un profundo alegato filosófico de fuentes calderonianas. Por otra parte, las caracterizaciones de Rey Fernando, Embajador Moro, Embajador Cristiano o Capitán Cristiano, que eran de mayor enjundia, siempre fueron asumidas por vecinos con más categoría social y con estudios. Hubo alguno, en años sucesivos, que se convirtió casi en leyenda por representar el papel de Rey Fernando montando un brioso caballo que le habían prestado para la ocasión.

El castillo lo levantaban con cuatro vigas/tablones de madera entrelazados. Por todo adorno, unas cuantas ramas de adelfa a los lados; y,

en una esquina y bien a la vista, un cuadro con la imagen de Santa Ana, patrona del pueblo y objeto de la disputa entre moros y cristianos.

Pasó el tiempo y el abuelo Rogelio fue envejeciendo. La experiencia había depurado su forma/manera de actuar/vivir. Solo unas pocas ideas fundamentales sustentaban su particular visión de la vida. Se hizo tradicionalista; lo que le llevó a lucir una boína roja, de requeté, que más tarde cambiaría por negra, para el resto de sus días. Esta ética tan especial le movió hacia una gran admiración por Vázquez Mella.

Fue unos años más tarde, cuando se quedó viudo, que empezó con los regímenes de adelgazamiento. El hecho de estar solo, pues sus dos hijos se habían casado; aunque, vivía con uno de ellos en su casa de siempre, actuaba a su aire. Como digo, esta circunstancia de la soledad le condujo al cuidado del espíritu, seguía yendo a misa primera cada mañana, y del cuerpo. En los días en que se veía obligado a prepararse el almuerzo, seguía siempre/indefectiblemente el mismo ritual: de un puñado de habas secas, seleccionaba y contaba cuarenta; después, llenaba una olla de agua, encendía el fuego y procedía a cocer las cuarenta semillas. Ante la extrañeza que manifestaba su vecino Narváez por su forma tan frugal de alimentarse, replicaba: -Tienen hierro y son muy nutritivas...

Pero, no solo vigilaba/cuidaba la alimentación; cada mañana, después de asistir a misa, cruzaba el barranco y, al otro lado, frente al pueblo, en el camino del Minchar, realizaba una serie/tabla de ejercicios gimnásticos. Algunos chiquillos se reían al ver al hombre de pelo blanco flexionar y dar saltitos. En la hora del mediodía, durante el verano, bajaba, por la Rambla hasta La Taiba, para comer en el cortijo de su hijo, en La Palma. Caminaba, en pleno mes de agosto, con la boína en el bolsillo y la cabeza al sol. Al cruzarse con algún conocido, este le decía:

-Rogelio, vas a pillar un tabardillo...

-No pasa nada; el sol cura las plantas..., replicaba él.

Después de comer, regresaba a su casa del pueblo, donde cenaba y dormía.

Aquella madrugada, se levantó sin avisar; y, calladamente, se puso la chaqueta y la boína, tomó un ligero desayuno, metió en un morral una olla, un puñado de habas secas, un trozo de pan y salió de la casa. Era una fresca

noche de septiembre. Bajó hasta las afueras del pueblo y se encaminó hacia el campo. Las calles permanecían silenciosas, solo se oía el murmullo del agua en la acequia. Dentro de un rato, pensó, la gente subirá a las viñas. Tomó el camino del Minchar y, a un paso constante, se adentró en el secano.

Había sido un verano tranquilo, a pesar de los acontecimientos. En julio, comenzó la guerra; aunque, sin especiales sobresaltos para nadie. En el pueblo, apenas si se notó; unos se fueron, sobre todo los jóvenes; y otros, en especial las mujeres, los niños y los viejos, se quedaron. Por lo demás, los días habían transcurrido sin incidencias destacables. Sin embargo, él se obsesionó con la idea de que lo buscarían, debido a sus profundas convicciones religiosas, para llevárselo; como había ocurrido con otros. Según pasaba el tiempo, más se convencía de ello/hecho. Por eso, esta mañana, sin decírselo a nadie, sin que lo viera nadie, se había alejado, calladamente, hacia el campo.

Antes de que amaneciera, ya se había instalado en una cueva junto al barranco del Minchar. Al alba, salió a estirar las piernas y a realizar sus cotidianos ejercicios de gimnasia matutina. Pasó el resto de la mañana oteando el curso del barranco desde la boca de la cueva. Hacia el mediodía, procedió a la cocción de las cuarenta habas secas. Por la tarde, con el sol ya escondido, cortó de un majuelo cercano, para la cena, un par de racimos de uvas moscateles.

En su casa, no le echaron de menos hasta la hora de la cena; ya que, durante el día, uno de los hijos pensó que estaría con el otro en La Taiba; y aquel, que estaría con este en el pueblo. A la mañana siguiente, salieron a buscarlo. Se acercaron hasta el pago del Minchar, en busca de José Ruiz, que pernoctaba en el secano, en una choza de cañaveras, guardando los paseros. Para preguntarle si había visto al desaparecido, lo llamaron a voces ¡José Ruiz!, ¡José Ruiz!, ¡Ruiz!, ¡Ruiz!... Mientras tanto, el abuelo Rogelio, por entre los cañaverales, de loma en loma, de cepa en cepa, de árbol en árbol, a través del secano, rebotando en las paredes del barranco, oyó que le avisaban ¡huir!, ¡huir!, ¡huir!... y él corría, cañada arriba, adentrándose en el monte.

**José Ramón Prados**

## SONETO DOCENTE

Vosotros, ya jóvenes infinitos,  
hechos de amaneceres encontrados,  
habéis bebido en versos comentados  
la lírica de vates preteritos.

Cruzasteis, ayer, raudos e infantiles,  
en mañanas de pasillos docentes  
que os guiaron con notas pertinentes  
por mi bosque de senderos sutiles.

Que estos días, de anhelos y de meta,  
os den la blanca estela bendecida  
por la palabra antigua del profeta.

Que esta luz de primavera indefinida  
os haga dueños del sueño del poeta:  
los términos exactos de la vida.

José Ramón Prados